

DEL "CAPRICHOS ESPAÑOL" DE RINMSKY A "EL SOMBRERO DE TRES PICOS" DE FALLA

SOBRE el escenario en que se presentó este «Ballet español», que ha triunfado en Madrid, como antes en París o en el gran teatro Metropolitano de Nueva York, vive aún el espíritu—gracia y ritmo—de Encarnación López, la «Argentinita». Durante varios años fueron cuatro, siempre los cuatro: Encarnación y Pilar López, José Greco y Manolo Vargas, los ases de la danza española por los teatros del mundo. Desde 1942 habían conseguido alternar en el Metropolitano con los numerosos conjuntos de «ballets» que dirigían los maestros seguidores de Sergio Diaghilew, y ser acompañados por la famosa orquesta de Filadelfia.

Ahora, de los cuatro, sólo quedan tres en la escena real. Pero más allá de la realidad material, en la integración superrealista de esa alma ibérica, que se nos manifiesta en las danzas del «Ballet español», siguen actuando los cuatro. Los cuatro como siempre. Encarnación López sigue allí, entre sus compañeros. De ella—musa de la danza—son todavía los montajes de los «ballets», los ritmos de esta coreografía espiritual y magistral, en que se mueven estos personajes con fuerza de símbolos. Por eso está dentro de la realidad nuestra aventurada afirmación. ¿No había dejado la artista lo mejor de su alma por los escenarios, prendido en el ritmo audaz, en el gesto grácil y el paso leve de cada pantomima?

Estamos entre el público, en esta suave penumbra del teatro, en espera de que se abran las cortinas y aparezcan en el escenario los bailarines que aún recordamos de aquel «Bolero» de Ravel, que levantó tempestades de aplausos en los mejores teatros de Europa y América. El silencio de la sala es propicio a la meditación. Pensamos en la danza, en esa primaria manifestación del arte, que aprisiona en una urdimbre de hilos sutiles el misterio que inquieta y el mito que hace soñar. Todo eso que mueve los resortes elementales del alma humana, desde el ensueño amoroso hasta el miedo a la muerte. Todo en estas danzas españolas, danzas en la más alta y selecta manifestación estética del género, que nos descubren una nueva geometría del espacio, del tiempo y del espíritu, en que los cuerpos de los bailarines se hacen espiral, y curva, y ángulo, y llama al fin. Llama de carne viva, que se quemá por dentro en un anhelo de expresar lo imposible. Manifestaciones puras de la sensibilidad y peculiaridad de la raza, cristalizadas en siglos de tiempo sobre nuestro paisaje geográfico y espiritual.

Ya se ha abierto la cortina y los bailarines resbalan con pie ingravido sobre las notas aladas del «Capricho español» que Rinmsky, el hombre de la estepa, compuso con ecos y ritmos de canciones populares llegadas a él desde los pueblos de la cordillera pirenaica.

Del «Capricho» pasa la acción a la estampa mímica titulada «Puerta de hierro» y seguidamente a la escena de «Agua azucarillos y aguardiente», ritmos y ambientes de fin de siglo inmortalizados por la música graciosa y popular de Chueca, para terminar la primera parte del espectáculo con el cuadro «Los cabaes», aguafuerte andaluz, con cante del viejo por «soleares» y «seguiriyas», y un «ballet» pleno de reciedumbre, de violencia pasional y de ritmos graciosamente folklóricos. La canción y la pantomima crean un ambiente surrealista de conseguida fuerza dramática, ambientado en el espíritu de la Andalucía raigal y sustancial.

La cortina que se abre repetidas veces en honor de los bailarines corta un poco nuestra ilusión. Y mientras tanto, vamos hacia el escenario donde nos dará Pilar López algunos datos sobre la breve y brillante historia del «Ballet español».

En el intermedio hablamos breves minutos con los bailarines. Con Pilar, con José Greco, con Vargas. Los tres están unidos por el cariño y el culto a la memoria de la «Argentinita». Tomamos rápidas notas biográficas. Los tres han nacido en tierras diversas. Pilar, como su llorada hermana Encarnación en San Sebastián (España). José Greco en Montorio (Italia). Es ciudadano norteamericano, pero su especialización en danzas españolas le ha incorporado el espíritu español hasta el punto que es difícil diferenciarlo de un hombre del sur ibérico. Manolo Vargas, el otro gran bailarín, ha nacido en México y tiene sangre española.

Ahora es José Greco quien nos habla con entusiasmo de su ingreso en la compañía de «ballets» de la «Argentinita».

—Fué en Nueva York—nos dice— en el año 42. Yo trabajaba entonces en un cabaret de Broadway. Hacía siempre danzas españolas en las que me había especializado desde 1934. Mi cabaret estaba frente al teatro en que actuaba entonces la «Argentinita». Ella, después de terminar su función, vino al cabaret y, después de verme bailar, me llamó a su mesa. Hablamos y me propuso incorporarme a su compañía. Yo acepté encantado. Poco después empezaba nuestro recorrido triunfal por los Estados Unidos.

Los minutos han transcurrido y el timbre llama de nuevo a escena a los bailarines. Nosotros volvemos al patio de butacas y el espectáculo empieza de nuevo, con esa filigrana argumental y musical en que convirtiera el genio de Falla la picardía rural y dieciochesca de «la molinera y el corregidor». La graciosa y ágil coreografía de «El sombrero de tres picos» transcurre con un verdadero embeleso para los espectadores. Todo es fina espiritualidad en esta singular pantomima en que la danza nos da los más variados matices del picaresco argumento. Esto ya no es la llamada imperativa y lejana de un instinto elemental. La danza nos traslada ahora del éxtasis primario a ese gozo del espíritu que los antiguos llamaron rito. En esta obra culmina y termina este «Ballet español», que creó la «Argentinita» para presentar el alma de España por los escenarios del mundo y que ha triunfado también en su patria.

Al despedirnos de la gran artista Pilar López le pedimos unas fotos para MUNDO HISPANICO y ella nos las entrega complacida y nos anticipa una promesa para los lectores de Hispanoamérica. La de que muy en breve llevará a los escenarios de toda la América del Sur este sublime y maravilloso espectáculo español que el lenguaje espiritual y universal de la danza ha consagrado ya en los principales escenarios de Europa y América del Norte.

J. C.

